

Flamenco en el patio de la jabonería

Las Reales Almonas de Sevilla, ubicadas en la calle Castilla del barrio de Triana, eran el epicentro de una industria que dejó una huella indeleble en la historia de Sevilla y Triana. Aquí se fabricaba el jabón blanco, conocido como “jabón de Castilla”, que fue habitual en todas las casas nobles de Europa, América, Portugal y España hasta bien entrado el siglo XVIII. Este jabón era tan apreciado que llegó a ser el más cotizado y considerado de mejor calidad a ambos lados del Atlántico.

La fábrica de jabón de Triana se mantuvo en funcionamiento hasta mediados del siglo XIX, dejando una huella indeleble en la historia de la región. Aunque la fábrica ya no existe, su legado perdura en la rica historia y cultura de Triana.

Durante siglos, las casas comprendidas entre el Callejón de la Inquisición y el que se encuentra junto a la iglesia de la O, formaron parte de esta inmensa fábrica que eran las almonas de Triana. Los trabajadores también vivían allí, en un inmenso laberinto de patios, almacenes, viviendas y hasta una capilla, para que los trabajadores pudieran asistir a misa sin salir de la fábrica.

En la factoría de Triana se fabricaba el jabón blanco, el de mayor calidad y el más apreciado. En cambio, en la del Salvador se fabricaba el jabón prieto, menos refinado, más barato y de menor calidad.

La vida en las almonas de Triana, una de las grandes industrias de Sevilla, era un reflejo de la vibrante cultura y la ardua labor que definía a la región en el siglo XIX. Las almonas, o fábricas de jabón, eran el corazón palpitante de Triana, un barrio que se convirtió en sinónimo de esta industria.

Las personas que trabajaban en las almonas eran conocidas por su dedicación y habilidad. El proceso de fabricación del jabón era laborioso y requería un conocimiento profundo de la mezcla de ingredientes, el control de la temperatura y el tiempo de curado. A pesar de las largas horas y las condiciones de trabajo difíciles, los trabajadores de las almonas llevaban a cabo sus tareas con un sentido de orgullo y propósito.

Por una parte estaba la gente de la fábrica, personas sin recursos que trabajaban para sobrevivir. Por la otra, los nobles, que además de distribuir el jabón blanco por el nuevo mundo disfrutaban llevándose a los gitanos para que le hicieran espectáculos. Iban a los antiguos cafés de Triana donde contrataban a los gitanos de la cava mientras ellos bebían whisky y fumaban puros. Los nobles de Sevilla, atraídos por la pasión y la energía del flamenco, a menudo visitaban Triana para ver estas actuaciones. Aunque disfrutaban del

espectáculo, rara vez comprendían completamente su significado y su importancia para la comunidad de las almonas. En esos espectáculos se entraba en la Triana y Sevilla más profunda, que se expresaba a través del baile.

Fuera del trabajo, los trabajadores de las almonas encontraban alegría y expresión en el baile flamenco. Este arte, con sus raíces en la música y la danza gitana, era una parte integral de la vida en Triana. Las calles resonaban con el sonido de las guitarras, las palmas y las voces apasionadas de los bailaores y cantaores.

Las mujeres de los trabajadores de la fábrica, quienes les daban el jabón prieto que era de mala calidad, iban al río a lavar la ropa. Tanto los trabajadores como las mujeres se unían en los corrales o en la calle y hacían fiestas donde representaban bailes de aquella época denominados bailes de jaleos como las sevillanas corraleras, las bulerías y los tangos. En su tiempo libre en la calle, sentados en una silla, formaban un revuelo. También había épocas de inundaciones, no se podía fabricar el jabón y Sevilla y Triana quedaban incomunicadas. Entonces es cuando aprovechaban para bailar los bailes de jaleos.

El flamenco no era solo una forma de entretenimiento, sino una expresión de la identidad y las emociones de la gente. Los trabajadores de las almonas, después de un largo día de trabajo, se reunían para bailar y cantar, compartiendo historias y experiencias a través de sus movimientos y melodías. El flamenco se convirtió en una vía de escape, una forma de expresar la alegría, el dolor, la lucha y la celebración.

El flamenco, con sus raíces profundas en la cultura andaluza, era una parte integral de la vida en las Almonas de Sevilla, hasta mediados del siglo XIX. Este arte, que combina canto, baile y música de guitarra, era más que una simple forma de entretenimiento para los trabajadores de las almonas; era una expresión de su identidad, su historia y su espíritu.

El flamenco en las almonas no era una actuación formal, sino una celebración espontánea de la vida y la comunidad. Las trabajadoras, muchas de las cuales eran gitanas, traían consigo una rica tradición de música y danza. Las bulerías, las sevillanas y los tangos eran formas populares de flamenco que se bailaban en estas reuniones. Cada baile contaba una historia, expresaba una emoción, o simplemente celebraba el ritmo y el movimiento.

Además, el flamenco también servía como una forma de resistencia y afirmación cultural. En una época en que los gitanos y otros grupos marginados a menudo enfrentaban discriminación y exclusión, el flamenco les permitía afirmar su identidad y su valor. Cada golpe del pie, cada giro del

cuerpo, cada rasgueo de la guitarra era un desafío a las normas y expectativas dominantes.

En resumen, la vida en las almonas de Triana era una mezcla de trabajo duro y expresión cultural vibrante. Aunque la fábrica de jabón ya no está, su espíritu vive en la rica historia y tradiciones de Triana, y en el ritmo inconfundible del flamenco que aún resuena en sus calles.